

esta necesidad, hizo à la antigua Grecia levantar altares à los dioses que soñó en medio de la embriaguez de sus placeres: mil veces hizo arder el incienso en los templos, coronando de flores las aras consagradas à sus divinidades voluptuosas. Los bosques de Cirea oyeron los suspiros que los amantes dirigieron à Vénus, y muchos doblaron la rodilla delante del raptor de Europa. Numa, el emperador de los romanos, puso fuego inextinguible en el altar de Vesta, y mil vírgenes cuidaban de atizar el sacro fuego. Flora fué engalanada con las flores de los campos, y tambien se le tributaron amargas lágrimas à la diosa y vengativa Juno. Se invocó el nombre de Eolo para templar los vientos, y las olas de la mar embravecida. Del alado Mercurio se oían las palabras de los dioses, y al que llamaron el divino Apolo se dió la presidencia de las Musas.

El rojo mirto ciñó las cienes de la hija de las nubes, la áurea espiga fué consagrada à Ceres, y en sus espigas nos se ostenta la nacar amapola.

Ahora bien: si cuando los hombres fueron prisioneros del sueño letárgico del gèntilismo; si arrastrados por la funesta ilusion de los placeres fingieron divinidades para satisfacer su antojo, y creyeron culpable al que no les tributaba racion, ¿lo sería ménos el que la rehusa à la única y verdadera Divinidad de los cristianos? ¿Los héroes del gèntilismo; los que han ceñido el laurel sangriento de las batallas, ó el malvado que ha logrado entrar en el templo de la fuerza del crimen merecerá mas bien la racion del hombre; que el hombre Dios muriendo por salvarnos? Si la multitud aduladora se agrupa al torno del que acaso nos humilla para elevarse,

sepulta en la afrenta ¿huirá de tributar sus homenajes al que se humilló por elevarnos y darnos una dignidad superior à la del àngel mismo que prosternado entre el incienso y argentadas nubes lo adora sin cesar? ¿Nosotros que estamos convencidos quien es, donde existe, y cuando hemos oido su voz, que nos aconseja, y nos dirige de mil diversos modos?

El unánime consentimiento de los pueblos, los ejemplos que nos presenta la historia, y por último, nuestro mismo sentido íntimo nos convencen de la existencia de ese deber impuesto por el mismo Dios, para él exclusivamente. „No tendrás ni adorarás dioses estraños delante de mí,” le ha dicho al pueblo, que acabándolo de sacar de la esclavitud, y salvándolo aun de la muerte, levantó altares en el desierto à un beserro de oro, à quien ofrecia víctimas, y à quien habia confiado su corazon. La misma naturaleza nos inclina à amar, à publicar el nombre de aquel, de quien hemos obtenido algun favor; y he aquí la razon por que es un lamentable pecado no adorar públicamente à Dios y sus Santos, y el verdadero cristiano debe mirar con horror à todos los que blasonan de impios, ó que se llaman despreocupados.

Si hay quien se indigne de llevar el nombre de Dios, ese es un reo, à quien le comprende el terrible sistema del Crucificado „quien me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre, el que me confesare delante de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos.” Desgraciadamente estas terribles expresiones de Jesucristo, no se recuerdan con frecuencia, ó se desprecian. Se lleva à mal la invocacion de los santos, pa-

rece que no tienen prestigio sus reliquias, y el hombre Dios muriendo por el hombre, solo obtiene cada día una renovacion de sus dolores; parece degradado llorar en público á los piés del mártir sublime; su dolorosa voz y sus gemidos van á estrellarse entre rocas de una naturaleza inanimada, ¡el corazón no tiene oídos! ¡parece ha muerto para la virtud! No osáis vosotros, ó jóvenes, del número de esos desventurados: emplead la oracion, elevad al Señor, vuestras inocentes plegarias, este es un deber imprescindible, pues de Dios lo habeis recibido todo, y sin su auxilio en vano esperaréis entrar fuertes y seguros en el turoso sendero de la vida.

Tambien pertenece al culto público la veneracion y el respeto que se debe á los sacerdotes.

El ejemplo de este deber nos lo ofrecen aun las ciudades mas bárbaras. Los Bracmanes son un testimonio de esta verdad: los Druidas veneraban á los sacerdotes como depositarios del saber; á ellos les comendaban sus preces, y á sus piés deponian lágrimas para que las elevaran á la luna, á esa Venerable de la noche á quien creian una divinidad.

Los Egipcios oian de la boca de sus sacerdotes un anuncio de su porvenir, y solo á ellos les era permitido quemar incienso en los altares de sus dioses. ¿bien: si los idólatras, si los que vagaban en las brabas de la ignorancia y del gentilismo respetaban los ministros de sus divinidades ¿no es cierto, que que se llame católico, debe necesariamente respetar venerar á los ministros del Crucificado? ¡pues que una conviccion infundada como la de los gentiles respecto de Dios, tendria mas influencia en el

que la verdad misma? ¿pues qué los destellos del Calvario, ó el gemido de un hombre Dios muriendo por el hombre, gemido que aun parece resuena en aquella funesta soledad, tiene ménos imperio en el corazón cristiano, que las inquietudes de los hijos de las tinieblas? Es verdad que hay una multitud ilusa, que se esfuerza diariamente en deprimir y predicar contra el clero católico; la corrupcion de su corazón les hace mirar en tales ministros, el tropiezo, el obstáculo para sus miras; la ansiedad de una libertad mal entendida que no es sino la esclavitud á sus ideas desoladoras; los obliga, puede decirse, á procurar de mil modos la extincion del sacerdote. Si aman á la verdadera Divinidad, ¿por qué se rehusa el respeto á sus ministros?

Olvidan, sin duda, la conexion que el sacerdote tiene con el Eterno; olvidan sin duda, que el sacerdocio es una dignidad heroica, y que para adquirirla ha tenido el hombre que desprenderse aun de las mas sencillas é inocentes ilusiones de la vida. El altar y las dolencias humanas, ¡he aquí su único recreo! Las tempestades, los desiertos, las asperezas, no son obstáculo para llevar al lecho del moribundo los dulces consuelos de la religion. La cabecera del desgraciado, la seguridad de un calabozo, los peligros de la guerra, el insomnio, el hambre, el cansancio y alguna vez aun enfermedades, nada basta para obligarle á no derribar por todas partes los tesoros del que nos redimió en el Gólgota.

El hombre como todos, está sugeto á las mismas pasiones, tambien asaltan á su corazón, y acaso con mas fuerza, los deseos, las aspiraciones, que agitan generalmente á la humanidad.

Acaso alguno llorará en el silencio del claustro
 pié de los altares, y con una penitencia dura expiando
 los tristes deslices de su juventud pasada. Encantados
 cido entre las sombrías paredes de un monasterio,
 y en sus hermanos, muere, legando á la posteridad
 ejemplo de abnegacion la más terrible de sí misma.
 El hizo estréllarse las pasiones en las sagradas
 del santuario; puso cota al torrente mundanal; en
 no el torvellino impuro de las agitaciones humi-
 corrompidas y despues de haber hecho el bien
 puño, espira esparciendo el aroma de su virtud,
 mo la flor, que al marchitarse, parece manda
 vientos el último perfume de su caliz, que se
 este hombre venerable, esta victima santa, no
 ce respeto? Una criatura ejerciendo un
 santo, y colocada entre la espada del impio; un
 despreciado de sí mismo, olvidado aun de las
 ciones que le son permitidas á todos los hombres,
 perañido en la tierra solo una amarga recompensa
 habrá merecido en la carrera de sus sacrificios
 lo tributo de veneracion?

Solo á la impiedad inconsecuente le está reservado
 dirigir sus tiros contra los ministros del Dios
 dero.

„Amad y respetad al Eterno” esclama ella,
 „ro á sus ministros exterminadlos, porque sus do-
 „nas no convienen con nuestras pasiones, su ex-
 „celsa es el obstáculo para el progreso, para la
 „cion y engrandecimiento de las naciones.”
 nes fueron los que en los siglos de barbarie
 cieron escuelas para los niños? ¿quiénes des-

de las ruinas de los tiempos de los Totilas los re-
 cuerdos encantadores de las ciencias y aun de las ar-
 quiénes en los tiempos del corcel y de la adar-
 ga, dulcificaron con sus lecciones el caracter feroz
 aun de los Reyes, que solo soñaban con los torneos y
 el homenaje á la muger amada? pregúntesele á esa
 época sombría, y donde quiera, en todas partes, está
 restampada la huella del sacerdote: los subterranos,
 los bosques, las ciudades, todo testifican que el sacer-
 dote, fué como el astro que vino á disipar las sombras
 de la noche fatal de aquellos tiempos.

No obstante, no se estime este mérito; no se vea es-
 te servicio, contemplese solo como ministro de Dios,
 constituido para ser su intérprete, para presentarle
 nuestras plegarias, y darnos el bien que nunca termi-
 na, y esta reflexion basta para convencernos que de-
 bemos tributar á Dios un culto público, este es en
 parte imperfecto, si al sacerdote no se le guarda el
 respeto que se le debe. Con relacion á Dios, recla-
 ma justamente nuestra consideracion, y quien quiera
 gloriarse de cristiano, debe llamarle su amigo y pe-
 dirle sus consejos. El qué dirán y la ingratitude de
 enmudecer á la vista de su mision, y conduciendos-
 mos por él hasta el sepulcro; ¡plegue á Dios, él mismo
 cierre nuestro ojos, al sueño tranquilo de la muerte!



SEGUNDA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE
PARA CON LOS DEMAS.

Por un efecto de las leyes de la naturaleza, los hombres dependemos necesariamente unos de otros de manera, que todas nuestras operaciones deben tender al bien público, al bien de la sociedad que nos rodea. Apénas se anuncia nuestra entrada en la vida y ya hay un ser amable, un ser previsor y diligente que cuida de nosotros con ternura, espía nuestros mas ligeros movimientos para ir en nuestro socorro, el sueño huye de sus párpados, el día lo emplea en preparar nuestros pequeños vestidos, y puede decirse un constante centinela, que vela por nuestra conservación: nos nutre consigo mismo é imprime en su rostro en nuestra frente los besos de su amor maternal, acude á nuestro llanto, y nuestro asiento reclinatorio es en sus brazos, ó en la cuna que mecen la cuna y el amor.

Este ser es el mismo, á quien la naturaleza ha dado el título encantador de madre: ella ha pasado valerosa por los umbrales de la muerte para darnos la vida; se ha sugetado á los mas agudos dolores, y nos cura cariñosa de los que experimentamos cuando nuestra existencia está á su custodia. Mientras una madre se dedica al desempeño de su sublime ministerio, su compañero fiel, el amigo con quien ha dividido sus afecciones, aquel que le sirve de apoyo, nuestro padre, se ocupa en alimentarla, en ayudarla en su debilidad y protegerla, puesto que nosotros como una yedra delicada, dulcemente adherida al tronco que la sostiene, moriria faltandole este apoyo, cuida de su querida compañera como la única que puede encargarse de nuestros primeros dias. Nuestras enfermedades, nuestras mas insignificantes exigencias son atendidas con placer y prontitud, nada importan sus pesvelos, sus afanes por cuidarnos. Entramos en la edad de los primeros pasos y nos sostienen en ellos: todo hacen que nos sonria al derredor, y como si plantaran flores en nuestro camino, las únicas que pisamos (parece que dicen en su interior) hagámosle gracia la aurora de la vida, mañana tal vez rotará sus piés en un jarro agudo, alfombremos su débil tránsito, porque mañana un regüero de sangre y lágrimas será su triste huella, cuando recorra el penoso sendero que le espera. Es imposible describir todo lo que el hombre debe á sus padres! ¡á cuantos bienes les es deudor! El ser, la vida, he aquí lo que puede decirse. La infancia debe los cuidados, la juventud, los consejos y la instruccion, la virilidad la firmeza y el ejemplo

la ancianidad los dulces recuerdos, y hasta la tumba lleva su honroso apellido. Sin ellos ¿quien nos atendería? ¿á quiénes como á nuestros padres les ha dado Dios igual amor para cuidarnos? ¿quién como ellos sufriría sin disgusto nuestras molestias? Por esta razon estamos obligados á amar, á respetar, á obedecer, á honrar á nuestros padres. Dios mismo ha dicho, que no ame ni honre á su padre y á su madre, ¿por qué? y por el contrario, „El que honre á su padre y á su madre, vivirá largo tiempo sobre la tierra.”

El amor filial ha sido muchas veces el asunto principal de la fábula simbólica, la historia santa lo describe cubriéndolo de brillantéz sublime; la historia de las naciones lo refiere con admiracion y respeto.

Honrar á nuestros padres es consultarles, seguir sus dictámenes, observar sus preceptos, caminar por la senda de la virtud y conservar sin tacha su memoria.

No solo á estos seres respetables les estamos obligados, sino tambien á nuestros maestros. Nacidos en la ignorancia, viviríamos constantemente en ella y envueltos entre tinieblas mas espantosas que la muerte misma, moriríamos sin haber enriquecido nuestra mente con aquellos conocimientos, que podemos conseguir sino con el auxilio de nuestros hermanos. Las ciencias y las artes estarian veladas por el misterio, y no conoceríamos ni aun su existencia, asi es que tropezando de error en error, tocaríamos el sepulcro, dejaríamos de existir puede decirse sin haber existido. Por consiguiente estamos obligados á respetar á los que nos han dado la instruccion, á los que han descubierto á nuestros ojos, á nuestros

inteligencia un mundo, cuyos encantos lo forman la utilidad y la belleza.

Nuestra obligacion se extiende tambien al ejemplo de la piedad y al amor. Muchas veces acontece que lo que no se adquiere con el castigo se obtiene con el buen ejemplo; el dulce aspecto de la virtud inspira veneracion, el alma que solo se ha nutrido con el crimen alguna vez la contempla heroica en medio de los peligros, generosa con sus ofensores, magnánima en las adversidades, y la lágrima arrancada por su oprimido, si es perseguida, va á rodar hasta el seno del corazon culpable y conmoviendolo forma de él su santuario.

El miserable que perseguido del hambre llega á nuestras puertas implorando un pedazo de pan; el huérfano que ha empapado con su llanto nuestros umbrales; la viuda sin apoyo; el anciano que solo le quedan las quejas y el aislamiento; á estos seres desventurados debemos socorrer con bondad: el amparo que se les dé no solo sera grato á la Providencia, sino aun la sociedad, por corrompida que sea, no dejará de bendecir al bienhechor.

Mañana tal vez nosotros mismos sufriríamos, y nuestro sufrimiento, nuestras lágrimas serian estériles: roto el derecho de reclamar la compasion quedariamos reducidos al mas doloroso abandono.

El amor á nuestros semejantes, es un precepto primario impuesto por el mismo Dios, y aun prescindiendo de la ley, ¿cuando fué propio del corazon notable el odio á un hermano? Uno de los atributos del amor es la indulgencia; la venganza de una injuria recibida es siempre detestable, pues á mas de que la satisfaccion que proporciona es muy amarga, deni-

gra al que se venga, y lo hace acaso mas despreciable que el ofensor. Amarnos mutuamente es una de las leyes mas sublimes de la naturaleza, y principalmente de la caridad cristiana; pues ese sentimiento es el autor puede decirse de los actos mas brillantes de nuestra vida. De ella dimanar todas las virtudes politicas y religiosas, es ella el móvil, ella el origen de las buenas acciones, y nos enseña á ver aun el malvado una víctima, que debemos compadecernos que detestar, pues en él nos presenta solo un desgraciado, á quien le debemos nuestros consejos, y en él debemos aborrecer tan solo el vicio, cuyos funestos estragos debemos no olvidarlos, como que sirven de ejemplo.



DEBERES DEL HOMBRE

PARA

CONSIGO MISMO.

SIENDO el hombre una criatura racional, dotada de inteligencia y formada para un alto destino, nada basta á disculparle del abandono, á que se sugete el mismo: es por consiguiente de su deber procurarse todo lo que conduzca á su cultivo, todo lo que pueda colocarle en el puesto, que le ha designado la Providencia. Para cumplir con los deberes que se le dejan impuestos, es preciso atender él mismo con los que se le imponen, tales son, ilustrar su entendimiento, nutrir su corazón con los buenos sentimientos, y procurar su propia conservacion.

A nada se ha debido muchas veces un mal deplorable, una desgracia, sino á la ignorancia; muchas acciones útiles y satisfactorias se dejarían en el olvido por falta de instruccion; sin ella solo se vive en duda, y esta se pasa á la ansiedad, de la ansiedad, á la desesperacion, de la desesperacion al odio, del odio al indiferentismo, pues cansada el alma de una lucha infructuosa, desfallece y nada le interesa de cuanto